NOTICIAS de ACTUALIDAD

2 de julio de 1956

EL ARTE VIVO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Algunos lectores nos escriben diciendo que prefieren un libro en vez de las cincuenta pesetas que enviamos como premio a la publicación de sus cartas. Al escribir no olvide mencionar qué recompensa prefiere.

* * *

EISENHOWER ARTISTA

Tengo entendido que el Presidente Eisenhower, a quien en virtud de su cargo se puede considerar como verdaderamente representativo del pueblo norteamericano, se entrega con bastante acierto a la pintura. ¿Me podrían ustedes confirmar si esto es cierto?—Lucas San Martín, Valencia.

R.—Lo es, y confirma cierto argumento que desde hace algún tiempo venimos repitiendo: Que es muy crecido el número de norteamericanos que se dedican a la práctica de alguna manifestación artística. Por ser aficionados, su labor no suele trascender, por lo que desde fuera de América no se conoce este importante aspecto de la vida nacional norteamericana. Sólo es posible que se entere de ello el gran público cuando el que lo practica es, como en este caso, el primer magistrado de la Nación.

El Presidente Eisenhower, pintor aficionado de evidente talento, es representativo del pueblo norteamericano también en este aspecto: en que, como muchísimos de sus compatriotas, cultiva su espíritu y sensibilidad, desarrollando determinadas actividades artísticas.

MUSEOS

Al no existir en los Estados Unidos el equivalente de nuestro ministerio de Educación Nacional, ¿de dónde obtienen los museos de aquel país los fondos necesarios para su sostenimiento?—Isidoro Casamitjana, Albacete.

R.—La gran mayoría de los museos norteamericanos deben su existencia a fundaciones instituídas en favor de los mismos por filántropos, que cedían sus colecciones para disfrute de todos los ciudadanos. Ellos mismos los dotaban con cantidades de dinero suficientes para asegurarles muchos años de existencia.

Al mismo tiempo, muchas de las Universidades norteamericanas tienen su propio museo, que se nutre de los fondos aportados por los alumnos y ex-alumnos, ligados al alma mater *a través de alguna asociación.*

Sólo en muy contados casos los museos reciben subvención de las autoridades federales o municipales. A pesar de todo, el núcleo primitivo de estas colecciones radica en algunas donaciones particulares.

CUADROS REPRESENTATIVOS

¿Existen cuadros de autores norteamericanos que se consideren como puramente representativos de la pintura de aquel país?—Daniel Quirós, Pozuelo (Madrid).

R.—Indudablemente, existen ciertos cuadros que, como usted dice, son representativos de la pintura norteamericana. No pueden adscribirse todos ellos a una época determinada, pues pertenecen a diversos momentos pictóricos.

Todos los cuadros reproducidos en las páginas centrales de este número representan diversos hitos de la pintura de los Estados Unidos. Para completar esta relación algo más podríamos añadir tres cuadros conocidísimos y que no figuran en dichas páginas: Gótico americano, *de Grant Wood;* Retrato de la señora Richard Gates, *de Gilbert Stuart;* y El mundo de Cristina, *de Andrew Wyeth.*

Esto en cuanto a los cuadros más conocidos. Pero el gran número y la valía de los pintores de aquel país harían muy difícil realizar una selección con un criterio puramente estético.

ARTE Y ESCUELA

No hace mucho tiempo leí en un artículo de una revista que los niños norteamericanos eran sometidos a ciertos *tests*, para tratar de poner de manifiesto cualidades artísticas ignoradas, y fomentarlas. ¿Es ello cierto?—Dolores López, Rambla de Cataluña, Barcelona.

R.—En efecto. Las tendencias de la moderna pedagogía aconsejan descubrir las dotes que el niño tenga en relación con ciertas actividades para tratar de evitar que éstas se malogren. Tanto en los jardines de la infancia como en momentos posteriores de la educación del niño, estos tests *permiten seguir la línea de sus reacciones ante los estímulos que les proporcionan las creaciones artísticas.*

Una prueba de uso frecuente consiste en entregarles figuras geométricas de colores para que las combinen de acuerdo con su imaginación, lo que permite conocer sus dotes de composición y sentido del color. También se realizan ejercicios, que consisten en hacerles dibujar mientras oyen determinada composición musical, para ver en qué sentido se manifiestan al dar rienda suelta a su imaginación.

Muchas carreras artísticas han comenzado por haberse descubierto en los niños dotes artísticas que ni sus padres sospechaban.

ARTES DECORATIVAS

Asiduo lector de NOTICIAS DE ACTUALIDAD, veo con frecuencia información referente a pintores, literatos y escultores norteamericanos. ¿Abundan en aquella nación los artistas dedicados a las llamadas artes decorativas, que tanta importancia tienen para la total densidad artística de un país? — Carlos Alvarez, Madrid.

R.—Las artes decorativas han sido cultivadas con verdadera afición por los norteamericanos desde los primeros tiempos de existencia de la nación. De esta manera daban libertad a su instinto creador y artístico, realizando objetos de utilidad práctica y calidad artística, en tiempos azarosos que no proporcionaban la suficiente serenidad como para dedicarse al arte por el arte.

De los siglos XVIII y XIX se conservan bellísimos ejemplares de cerámica, cristalería, forjados, repujados, muebles y cestería. Actualmente son varios los millones de americanos que tienen en su hogar un pequeño taller, en el que crean objetos que, en muchos casos, son verdaderas obras de arte.

GILBERT STUART

En una discusión en torno a un personaje norteamericano llamado Gilbert Stuart, unos decían que se había dedicado a la literatura, pero otros, entre los que me encontraba yo, decían que se había hecho célebre en la pintura. Por no tener ningún dato concreto, la cosa quedó en el aire. ¿Quién tiene razón?—Pedro Montlleó, Mataró.

R.—Gilbert Stuart (1755-1828) *fué uno de los primeros pintores americanos, muy conocido por sus retratos de George Washington, uno de los cuales aparece en la portada de este número de* NOTICIAS DE ACTUALIDAD. *La mayor parte de los retratos de Stuart están por terminar. Le gustaba pasar el tiempo dibujando exactamente la cabeza de sus modelos, pero cuando llegaba el momento de pintar el traje o el fondo, entonces perdía interés por la obra.*

Stuart nació en Newport (Rhode Island). Empezó a pintar a los trece años, y a los veinte ya tenía bastantes encargos. Vivió algún tiempo en Londres y Dublín, donde alcanzó fama y dinero. Luego regresó a América y se estableció en Washington, para marchar a Boston en 1805. Hizo el retrato de muchos estadistas.

NOTICIAS de ACTUALIDAD

Vol. VIII **Núm. 25**

PUBLICADO POR LA
CASA AMERICANA
de la Embajada de los Estados Unidos de América
Paseo de la Castellana, 48
MADRID

OTRAS CASAS AMERICANAS:

BARCELONA: Junqueras, 18 (Biblioteca: Diputación, 241)
BILBAO: Buenos Aires, 1
CADIZ: Plaza General Varela, 1
SEVILLA: Laraña, 4
VALENCIA: Colón, 74 (Biblioteca: Avda. Marqués de Sotelo, 4)
ZARAGOZA: P.° de la Independencia, 19

El interés por las bellas artes experimenta un gran cambio

DURANTE los últimos cincuenta años, y una vez que fueron superadas las dificultades de la expansión hacia un Oeste despoblado y repleto de halagüeñas perspectivas, se ha operado una auténtica revolución artística en los Estados Unidos.

Es una revolución que ha alcanzado tanto a hombres de negocios como a obreros, a intelectuales y a sencillos campesinos que viven en sus granjas, apartados totalmente de los núcleos urbanos.

Esta revolución se puede representar en una cifra: 3.000.000 de personas, de los medios más diversos, que como profesionales o aficionados cultivan su arte favorito.

Pero hay otro dato, aún más sorprendente que lo elevado de la cifra anterior. Y es que la mayoría de esas personas no viven en los grandes núcleos urbanos, donde el acceso a las instituciones de difusión del arte es más fácil.

Viven en los pequeños pueblos de Nueva Inglaterra, en las zonas semidesérticas de Arizona, en el tranquilo pueblecito de Texas, que duerme bajo el sol; en fin, en las comunidades más minúsculas de los Estados Unidos.

Se pueden encontrar causas muy variadas para explicar este entusiasmo colectivo por el arte.

Tenemos, por una parte, las revistas modernas, que llegan hasta los lugares más apartados y que contienen excelentes reproducciones de obras famosas. Por medio de ellas, el americano se ha ido educando casi inconscientemente y sabe reaccionar ante el sortilegio de la línea y el color.

Aunque fué llamado "atleta de la pintura", George Bellows (1882-1925) pintó esta suave Lady Jean.

Otro factor que ayuda a explicar este interés en las zonas rurales es que las colecciones artísticas norteamericanas no permanecen quietas tras los muros de los museos. Las obras de los grandes pintores recorren todo el país, generalmente en viajes patrocinados por los mismos museos.

De esta forma, personas a las que de otra manera no se les habría presentado nunca la oportunidad de poder contemplar tales obras, quedan impresionadas de tal modo que convierten el arte en uno de sus pasatiempos o en su actividad favorita.

Tenemos, por otra parte, la constante aparición de artículos sobre arte en periódicos y revistas. También el cine, que comparte ciertas características del arte pictórico en cuanto a composición, luz, y colorido, ha tenido una influencia decisiva.

Y por último, las clases nocturnas, que fomentan entre sus asistentes el amor por todo lo bello como forma positiva de lograr una formación humana y cívica.

No debemos olvidar la extraordinaria importancia que, en este sentido, ha tenido la aceptación del arte por la industria y el comercio con fines de propaganda. Importancia que ha abierto infinidad de posibilidades a jóvenes artistas norteamericanos, que pueden destacarse dentro de este campo.

El arte gráfico y el industrial han pasado así a formar parte de la educación juvenil, que empieza en el jardín de la infancia, donde los niños comienzan a hacer sus primeros dibujos y a emborronarlos con colores, y pasa posteriormente al desarrollo de las diversas modalidades pictóricas, que siempre les sirve de gran ayuda para apreciar las obras artísticas y gozar su contemplación.

Son muchas las instituciones privadas especializadas en las enseñanzas de las artes, con programas que abarcan desde la escultura al diseño comercial.

También las instituciones de segunda enseñanza dan clases de arte dentro de su programa de estudios. Son noventa y una las universidades que poseen su propio museo de obras de arte.

Los grandes almacenes comerciales juegan un papel de suma importancia al estimular el gusto del público por las cosas bellamente logradas. Las exhibiciones de sus escaparates siempre se preparan teniendo en cuenta las normas de una artística composición y del juego de los colores.

Hay que considerar, asimismo, el perfeccionamiento que ha adquirido el arte de imprimir, lo que permite reproducir las obras de los maestros más famosos y venderlas al público a bajo precio, contribuyendo por medio de una inteligente campaña a que sean muy numerosos los americanos que emplean estas reproducciones para decorar sus hogares.

Como nuestros lectores pudieron leer en NOTICIAS DE ACTUALIDAD del pasado 28 de mayo, son muy numerosas las exposiciones al aire libre que se celebran en los Estados Unidos, patrocinadas por clubs artísticos o por instituciones educativas y docentes.

En Washington, capital de la nación, se celebra en la primavera una exposición de pinturas en un mercado público, lo que permite contemplar el curioso espectáculo que ofrecen los cuadros rodeados de lechugas, coliflores o tomates.

De entre todas estas exposiciones al aire libre, hay una que se celebra dos veces al año y que es muy conocida en todo el territorio de los Estados Unidos. Tiene lugar en el barrio artístico de Greenwich Village, en Nueva York.

Las autoridades otorgan su permiso para que los artistas exhiban sus cuadros en una extensa zona que tiene su centro en la plaza de Washington, y los vecinos de dicha zona permiten que se empleen las paredes exteriores de sus casas y las verjas de sus jardines para colgarlos. De esta forma, todo artista tiene oportunidad de ser conocido y de vender sus obras al público, si ese es su propósito.

Y hemos dejado para el final los museos, que han ido atesorando joyas preciadísimas del arte universal. Entre los 286 que existen actualmente, destacan por el valor de sus colecciones los siguientes: el Museo de Bellas Artes, de Boston; la Academia de Bellas Artes de Pennsylvania, que se encuentra en Filadelfia; la Galería Nacional, de Washington; el Instituto Carnegie, de Pittsburgo; el Instituto de Arte, de Chicago; y el Museo de Arte, de San Francisco.

El reino apacible *es obra de Edward Hicks (1780-1849), pintor espontáneo que representa a un grupo de artistas populares e ingenuos. cuyo nombre no se ha inmortalizado.*

El arte español en Norteamérica

Entre otros tesoros del arte español, la Sociedad Hispánica de América posee este delicioso panel, que en su día fué parte de un retablo gótico catalán.

AL entrar en una de las salas, los visitantes a la exposición de pintura española que hace algunos años se celebró en la ciudad norteamericana de Toledo (Ohio), devieron de verse asaltados por emociones muy diversas.

En aquel museo estaba reproducida nada menos que una capilla románica, con frescos del siglo XII, procedente de la ermita de San Baudilio de Berlanga, de la provincia de Soria.

Es éste uno de esos hechos que, por poca sensibilidad que se posea, siempre dejan huella. Hay que imaginarse aquellas pinturas en su aposento primitivo, una ermita castellana, con las piedras gloriosamente lamidas por siglos de lluvias y de historia.

La luz de Castilla es un dardo que penetra por la estrechez de sus ventanucos, y las pinturas de sus muros permanecen en casi constante penumbra.

Pero, de pronto, estas pinturas recobran nueva vida y pasan a exhibirse en un museo para admiración del mundo.

Estos frescos no son más que uno de tantos exponentes que el arte español tiene esparcidos por los Estados Unidos. Porque un país con genio civilizador, como España, siempre completa el ciclo de sus descubrimientos y conquistas con la entrega de su herencia cultural

Una enumeración de las obras de arte creadas por los españoles, y que ahora se encuentran en los Estados Unidos, habría de comenzar por las que fueron creadas allí mismo. Y dentro de ellas ninguna alcanza tan alta calidad como las trece ermitas fundadas por Fray Junípero Serra, incomparables en belleza y valor poético.

Diseminadas a lo largo de California, bajo un cielo tan azul como el de Andalucía, estas ermitas son testimonio del paso de un pueblo de gran tradición artística, y que pone en sus obras, aun en las ejecutadas lejos de la metrópoli, el sello de su sentido de la belleza y su espiritualidad. Fueron bautizadas todas ellas bajo la advocación del santo del día y han dejado en la costa occidental de los Estados Unidos un rosario de nombres españoles.

Difícilmente se puede concebir alguna etapa del arte hispánico que no se encuentre representada en los museos de los Estados Unidos, sobre todo las diversas escuelas pictóricas. Actualmente se puede admirar en Norteamérica desde la ingenuidad de composición de los retablos primitivos hasta algunas de las últimas creaciones.

El Greco y Velázquez son dos pintores que impresionan profundamente a los norteamericanos, por lo que cualquier exhibición en que se puedan admirar las obras de alguno de ellos constituye un acontecimiento.

La Galería Nacional de Washington tiene magníficos ejemplares de obras de estos dos pintores. Uno de sus últimos admiradores fué, como nuestros lectores pudieron ver en NOTICIAS DE ACTUALIDAD del pasado 11 de junio, el ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, que la visitó durante su estancia en los Estados Unidos.

También el Museo de San Diego tiene una de las mejores colecciones norteamericanas de arte español. Cuadros del Greco, Velázquez, Murillo, Ribera, Claudio Coello, Pantoja, Goya, por no citar más que a algunos de los más conocidos, figuran en sus salas.

Pero hay un lugar, en el corazón de la ciudad de Nueva York, en el que todas las manifestaciones de la cultura y el arte español tienen su asiento. Es la Sociedad Hispánica de América, fundada por el recientemente fallecido Archer Milton Huntington, y que contiene tesoros extraordinarios.

Cuando este amigo de España comenzó a formar su colección, fué una de sus principales preocupaciones no privar a España de ninguna de sus obras de arte. Todas las adquisiciones que realizó fueron de cuadros españoles propiedad de coleccionistas de otros países y que, por lo tanto, ya no se encontraban en España.

Esta actitud la tuvo tan sólo en relación con las obras de autores ya desaparecidos, pues Huntington adquirió numerosos cuadros de los pintores españoles contemporáneos, como Sorolla, Zuloaga y Viladrich, de los que fué un generoso mecenas.

El Greco está representado en este museo por nueve cuadros, entre los que destaca *El Descendimiento*, maravilla de composición y colorido.

De los tres Velázquez de esta exposición, quizá el más difundido en reproducciones sea el *Retrato de don Gaspar de Guzmán*, de la mejor época del pintor.

La Duquesa de Alba, de Goya, es un magnífico retrato, en el que campea la vena satírica del genial aragonés.

Hay una galería completa pintada por Sorolla, describiendo escenas de diversas provincias españolas en murales plenos del colorido y la luminosidad mediterráneos.

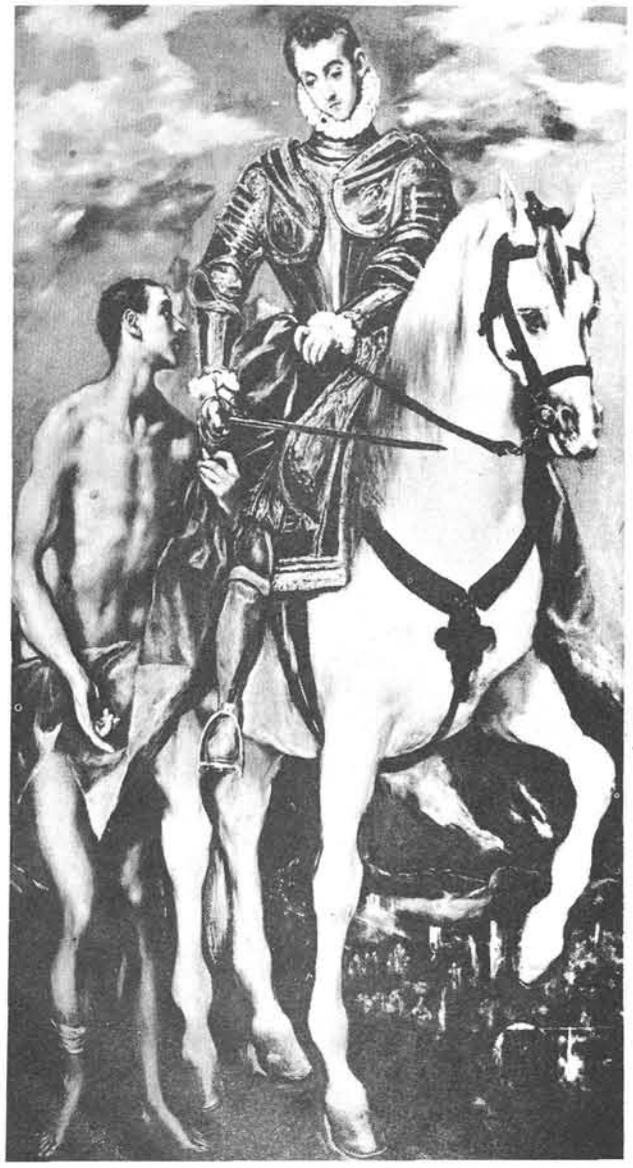
En contraste con estas decoraciones, el museo considera como una de sus joyas más preciadas *La Víctima de la Fiesta*, de Zuloaga.

Pero una de las características de este museo es que no se ciñe a una manifestación artística determinada.

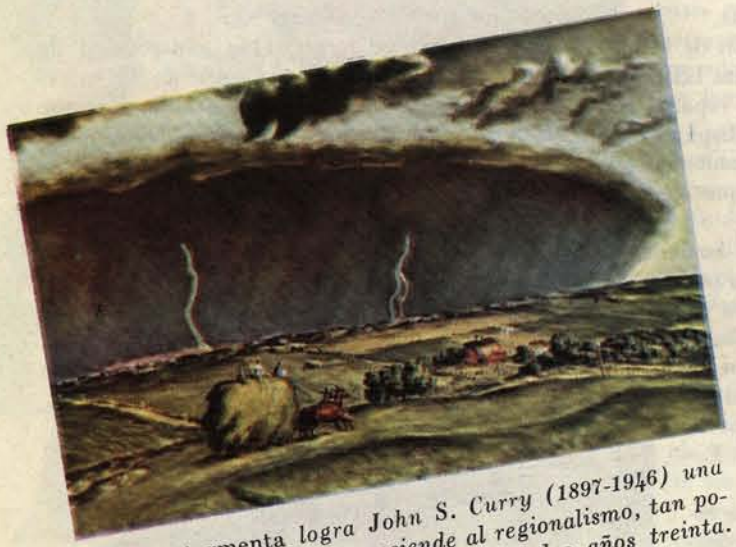
El Museo de la Sociedad Hispánica de América recibe a miles de visitantes al año, que se deleitan con la contemplación de todos los aspectos del genio artístico de España, gracias al amor hacia este país de un hombre que encauzó todo su entusiasmo en la creación de esta institución ejemplar.

En España se reconoce la generosidad de Mr. Huntington. Aún está reciente la entrega efectuada por el escultor catalán, Enrique Monjo, al Embajador de los Estados Unidos, Mr. John Davis Lodge, de un busto por él realizado del gran filántropo amigo de España, poco antes de su muerte, como prueba de admiración por su obra de aproximación de los dos pueblos.

San Martín y el Mendigo, *maravilloso cuadro del Greco, es una de las numerosas obras de la escuela española de que se enorgullece la ciudad de Washington.*



Obras maestras del arte americano



Con La tormenta logra John S. Curry (1897-1946) una grandeza verídica que trasciende al regionalismo, tan popular en los Estados Unidos durante los años treinta.

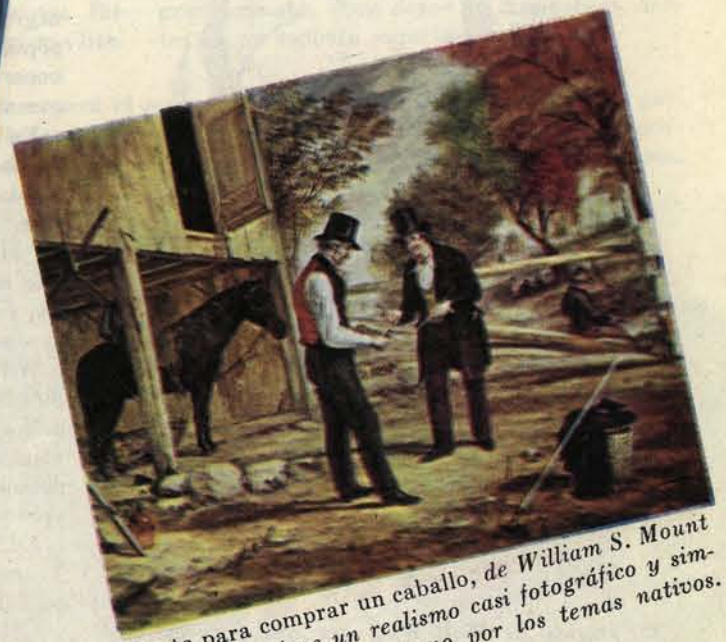
John Trumbull (1756-1843) plasmó los momentos vibrantes de La Firma de la Declaración de Independencia, *realizada el 4 de julio de 1776, y que los Estados Unidos celebran como fiesta nacional esta semana.*

Reginald Marsh (1898-1954) fué el pintor satírico de Manhattan. En sus obras, como Caballos de madera, *recogió lo grotesco del comportamiento de las gentes.*

La influencia de James McNeil Whistler en Europa fué considerable. Muy conocido por este retrato de su madre, su estilo es de una rebuscada elegancia.

La obra de Charles Burchfield (1893-), hijo del Oeste, es de línea clara y fuerte composición, como su Fulgor de hielo.

La pintura de Charles Demuth (1883-1935), sin grandes vuelos, como Mi Egipto, *presenta caracteres cubistas.*



Trato para comprar un caballo, *de William S. Mount (1807-1868) tiene un realismo casi fotográfico y simboliza el interés americano por los temas nativos.*

EN LA PORTADA

aparece uno de los retratos hechos por Gilbert Stuart del artífice de la independencia George Washington.

LA CONTRAPORTADA

reproduce El Picamaderos, *de John J. Audubon (1785-1851), quien combinó el arte con la observación científica.*

El grabado americano y su espíritu innovador

PREGUNTAD a un entendido cuál es su opinión del grabado norteamericano. Hay grandes probabilidades de que su contestación se asemeje bastante a la siguiente: «En el siglo XVIII tiene influencias inglesas; en el XIX, alemanas; y en cuanto a épocas posteriores...»

Dicho hipotético señor sólo ha querido decir que en la historia del grabado norteamericano se advierte, como constante, un cierto carácter internacional.

Pero esta afirmación, como toda aquella que se haga con tintes de dogmatismo, tiene una vertiente acertada y otra errónea; porque si bien en el grabado, como en la pintura norteamericana, se advierte una considerable influencia extranjera, es indudable que existe una producción típicamente americana, tanto en su espíritu como en su forma.

Los ejemplos de ella no se encuentran aislados, sino que se repiten a lo largo de muchas décadas. Véase, si no, una larga serie de artistas que comienza con John Singleton Copley (1738-1815), perteneciente al período colonial, en la que ya se encuentran manifestaciones de un estilo peculiar norteamericano.

Pero, indudablemente, sería laborioso buscar junto a los retratistas el germen de esta modalidad de la expresión plástica.

Es preciso esperar hasta fines del siglo XVIII para encontrar, junto a paisajistas que buscaban su inspiración en el estilo topográfico inglés, un cierto número de artistas como Davis, Bennet, Hill y Wall, que recorrían los campos con sus cuadernos para plasmar la naturaleza en sus aguadas.

Este tipo de obras, tanto en blanco y negro como en colores, gozó de enorme popularidad en su tiempo. Wall dió a conocer en 1825 su *Carpeta del río Hudson*, con veinte paisajes a la aguada.

En el siglo XIX se ensancha este campo. Asher Brown Durand (1796-1886), discípulo del grabador en cobre Peter Maverick, realizó en 1820 un magnífico grabado inspirándose en una de las pinturas que reproducimos en las páginas centrales, *La Firma de la Declaración de la Independencia*, del pintor John Trumbull.

William Birch grabó una colección espléndida de vistas topográficas de Filadelfia en dos series, separadas por más de veinticinco años la una de la otra, y que, debido a su excelente técnica, son muy apreciadas por los coleccionistas.

En la segunda de ellas colaboró su hijo Thomas Birch, que posteriormente se especializó en marinas y batallas navales.

Robert Havell *el joven* fué el autor de los grabados de las 435 láminas policromadas que aparecieron entre 1827 y 1838 en la obra en cuatro volúmenes *Aves de Norteamérica*.

Posteriormente realizó 150 grabados para otras tantas láminas en color de *Cuadrúpedos vivíparos de la América del Norte*, obra publicada entre 1845 y 1846.

También el fundador de la *Escuela del Río Hudson*, Thomas Cole (1801-1848), comenzó sus actividades artísticas con el grabado.

En el siglo XIX, al dedicarse estos artistas a la representación de escenas populares, sus obras gozaron del favor del público y se vendieron por millares. John Whetter Ehninger (1827-1889) realizó numerosos grabados de este tipo para los periódicos.

Más en contacto con el arte popular, merecen mención especial las conocidas litografías realizadas por Epinal, así como las de los famosos Currier e Ives, con escenas de la vida en los Estados Unidos durante el siglo XIX, verdaderos documentos gráficos de gran parte del siglo pasado.

Contemporáneo de los dos anteriores fué William Cullen Bryant, padre del lirismo literario norteamericano, que hizo editar en 1872 un hermoso Atlas en dos volúmenes titulado *América pintoresca, o el país en que vivimos*.

Ha sido en el presente siglo en el que los grabadores norteamericanos han adquirido características verdaderamente nacionales, sin sujeción a las escuelas europeas.

Existe actualmente una joven escuela en el país que está despertando un gran interés por su esfuerzo creador, entusiasmo y, no hay que negarlo, un ligero desorden resultante de la inquietud espiritual de nuestra época.

Si hubiéramos de resumir las características más notables de los grabadores americanos, diríamos que se dan como notas principales un predominio del color, una tendencia hacia el gran formato, y un deseo de innovación, dentro de un espíritu experimental.

Este retrato de Walt Whitman, que apareció en la primera edición de su Hojas de Hierba, *es un exponente del arte del grabado en el pasado siglo.*

La actual tendencia entre los grabadores es lograr una estilización a costa de los elementos superfluos, como en esta composición de Ilonka Karasz, Cinco árboles.

Preparándose para el mercado tituló Maurer este grabado suyo que, como casi todos los de su tiempo, se ha convertido en documento histórico inapreciable por la fidelidad con que reconstruye toda una época.

Tres artistas americanos enamorados de España

PARA unos ha sido Granada, sus aguas, sus noches; para otros, Sevilla, sus ferias, su color y locura; para algunos, en fin, la Mancha, esa Mancha que duele en los ojos de tanta luz y tanta llana realidad...

Y todo artista que ha pasado por España ha encontrado, ha sentido dentro de sí ese complejo español de gentes, de geografía, de fiesta, ese «no sé qué que ata a su suelo y eleva hasta su cielo» al creador de arte.

Y uno de estos artistas, enamorados del paisaje y del carácter españoles, es la pintora norteamericana Ruth Olson, con quien hemos hecho una jira artística de unos cuarenta metros de recorrido en un salón de exposiciones del madrileño paseo de Recoletos. Caminando, caminando nos dice Ruth:

—Pinto en España porque tengo aquí mi propia casa y toda mi vida. Personalmente me gusta España, su color, su vida, sus fuertes contrastes.

Hemos llegado ante un cuadro, que reproducimos abajo, el cual recoge una sencilla procesión en Málaga, donde tanto ha pintado Ruth. Los fuertes contrastes, que con insistencia busca ella, el rico bordado de sombras y luces, características de su pintura, parecen tocar un profundo plano de lo español. Tratamos de confirmar nuestra apreciación.

—¿Cree usted que su pintura refleja, de alguna manera, el carácter español, lo menos superficial del ambiente español?

—Lo creo sinceramente. Yo soy una enamorada de los fuertes contrastes de España, donde la vida corre plena de extremo a extremo. Me gustan los muchos aspectos del carácter español, de la vida española. Me encantan esas innumerables facetas del alma del español y de España, así, conforme están, armonizando en su diferencia.

«Realmente —prosigue— yo no puedo hablar de un solo carácter español. Precisamente lo que más me atrae es la gran variedad de caracteres, de escenas, de luces, de formas...

—¿Cree usted que influyeron en su pintura los pintores españoles?

—Todavía no lo sé. De lo que sí estoy segura es de que la vida española ha calado profundamente en mi arte.

—¿A qué pintores españoles prefiere?

—Goya y El Greco.

Otra característica de los cuadros de Ruth Olson es que ninguno tiene título. Nuestra curiosidad se siente insatisfecha.

—¿Por qué no hay títulos en su exposición?

—Porque el público puede imaginarlos. Pero si me van a comprar un cuadro, inmediatamente le pongo el título. También el público puede intuirlo con frecuencia.

Por las venas del arte se llega definitivamente al corazón de un país. La pintora norteamericana Ruth Olson realizó en Málaga esta escena de religiosas y niñas, tan rica en contrastes.

—¿Qué le parecen los aficionados españoles?

—Todos los españoles aman el arte.

Nuestra última pregunta —¿Piensa vender en América si le quedan cuadros?— ofrece la oportunidad a esta artista de recalcar, una vez más, su amor por España.

—España es ahora mi hogar y pienso crear y vender aquí.

En contraste con Ruth, unas semanas de paso por Madrid bastaron a Anthony Daniells, segundo de los pintores americanos que hoy nos ocupan, para introducir en su vida de artista el importante capítulo español.

Anthony Daniells, cuya pintura nos recuerda un poco el impresionismo catalán, llegó a Madrid y se lanzó solo en busca de rincones de solera que llevar a sus cuadros. Sin más armas que unos lápices y una prodigiosa sensibilidad, dió, a ciegas, con el Rastro, que vemos abajo, con lo viejo y lo grande del Madrid de siempre. Y de sus búsquedas salieron veinte hermosas acuarelas que se exhibieron no hace mucho en un simpático salón madrileño.

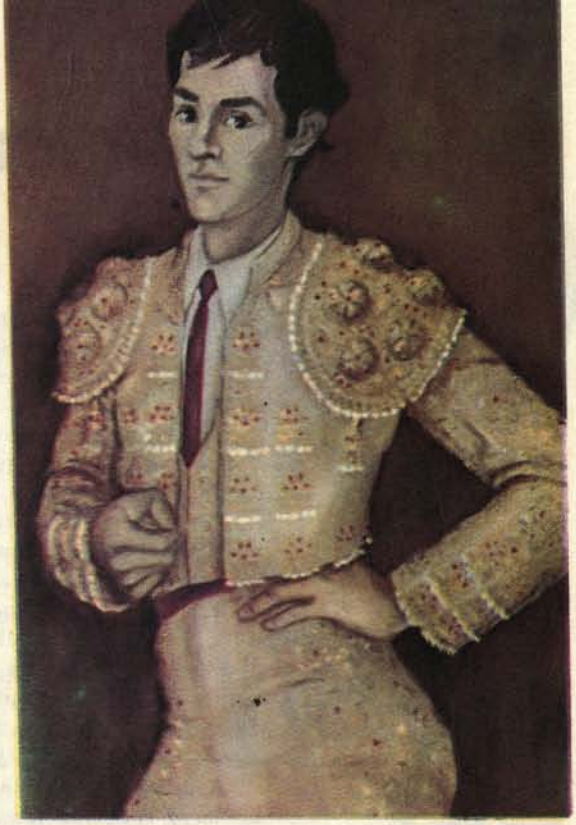
Leonardo Carvajal, el más joven de nuestros tres pintores norteamericanos, ha nacido en Nueva York, pero como se puede adivinar por su apellido tiene sangre española.

A los cinco años empezó a pintar, y en el año que lleva en España ha realizado unos treinta cuadros, casi todos de ambiente español.

—Uno de mis cuadros —nos dice— es español hasta la cepa. Se trata de un novillero.

Y nos enseña el cuadro de arriba.

Buscando la gracia, el tipismo, el duende del Madrid antiguo, Anthony Daniells llevó a sus acuarelas rincones como éste del activo Rastro.



El pintor norteamericano Leonardo Carvajal resalta la reciedumbre y la estirpe de la raza que oculta el festivo traje de luces del novillero.

—A propósito de ello, Leonardo, ¿que te parece cómo artista lo más característico de España, sus gentes o su paisaje?

—El paisaje de España es extraordinariamente hermoso, pero creo que puede encontrarse más inspiración en sus gentes, en las caras siempre expresivas de sus gentes.

En las paredes de su estudio hay bastantes cuadros de tema religioso. Hay uno que atrae nuestra atención poderosamente. Tratamos de tomar el pulso a este tipo de inquietudes del joven artista y preguntamos:

—¿Puedes decirnos qué te impulsó a pintar *El Cristo feliz?*

—A Jesús siempre se le ha imaginado sufriendo. Yo creo que hay que verlo feliz, jugando, tal vez, con los niños, sus amigos...

—Te gusta pintar la cara alegre de la vida, ¿verdad?

—No. Yo necesito belleza, la busco esté donde esté, y aquí en España hay belleza en cualquier parte y en todo momento.

Tres americanos, tres artistas que, al oír la gran llamada espiritual de su arte, han elegido el escenario y los personajes que inspiraron a los gloriosos Velázquez, Goya, Ribera, Zurbarán y Madrazo.—F. R.

La escultura norteamericana, arte ecléctico

Sol poniente *es el simbólico nombre de esta obra de Hord.*

LA escultura tiene en los Estados Unidos más adeptos de lo que se cree generalmente en Europa, y especialmente en las naciones de esa parte del mundo que han presenciado un mayor florecimiento de las bellas artes.

Existen varios motivos que abonan y justifican ese desconocimiento. Por un lado, la fama que rodea las obras de ciertos escultores europeos, como Rodin, tiende a eclipsar la labor de los norteamericanos.

Por otra parte, el trabajo del artista, en general, y del escultor, en particular, conserva siempre, por atrevidas que sean las concepciones, un aspecto artesano que puede parecer, de buenas a primeras y de manera algo simplista, incompatible con la técnica del rascacielos.

Y, por último, la última guerra mundial ha retrasado la revelación al Viejo Mundo de las concepciones estéticas del Nuevo. Sólo recientemente un número limitado de aficionados europeos se ha enterado del desarrollo de un arte auténticamente norteamericano, surgido tardíamente en una nación joven.

A pesar de ese retardo, es posible que la escultura norteamericana no haya conocido jamás tanta vitalidad como ahora desde principios del siglo actual. Ello se debe en parte a la ayuda oficial.

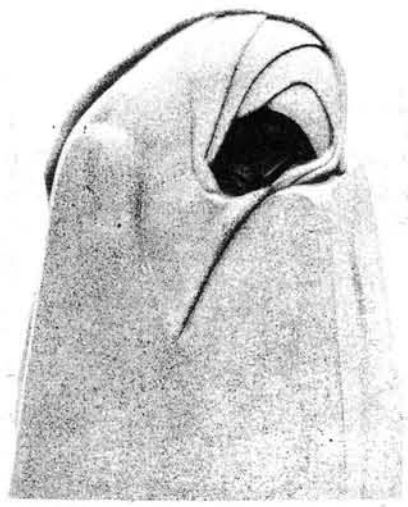
En efecto, los artistas se ven estimulados por encargos importantes y por la organización de exposiciones-concursos, en los cuales las obras seleccionadas se mezclan con las de los miembros del jurado y son a veces adquiridas por el Estado.

Esa política de premios y honores, sin ocasionar gran perjuicio al carácter desinteresado de la obra de arte, asegura una buena selección, permite confrontaciones fructuosas y enriquece y refresca las colecciones de los museos.

Después de la última guerra mundial ha podido el público español formarse una idea del temperamento y la valía de los escultores norteamericanos gracias a la exposición presentada en Madrid hace poco más de un año por la Casa Americana de la Embajada de los Estados Unidos, en colaboración con la Dirección General de Bellas Artes española.

Esa exposición, destinada a conmemorar el siglo y medio de existencia de la Academia de Bellas Artes de Pennsylvania, en Filadelfia, permitió a las diez mil personas que la visitaron conocer obras de Rush, Graffy y Calder.

Pero esos escultores, todos ellos ya fallecidos, no representan más que una de tantas escuelas. Hay, además, el clasicismo de un Zorach, el expresionismo de un Lachaise y de un Nadelman y el arte abstracto de un Roszak y de un Lassaw.



George Papashvily ha esculpido una singular figura humana de granito, alegoría del final de las guerras.

Como ya hemos apuntado anteriormente, aunque la pintura nativa surgió en los Estados Unidos hacia fines de la época colonial, la escultura tardó más en aparecer allí. Los nombres de los pintores Stuart, Copley y West no tienen equivalentes en el dominio del arte tridimensional.

Hasta más tarde, cuando comienzan a manejarse los cinceles en esa nación, resulta difícil de resolver el problema de los orígenes de la escultura estadounidense y de la aportación de los norteamericanos a ese campo.

El escultor norteamericano más conocido a fines del siglo XIX, Augusto Saint-Gaudens, ostentaba un nombre francés. Y en el siglo XX, el mundo de los escultores en los Estados Unidos se convierte en una torre de Babel. Por cada norteamericano legítimo, como Calder, hay muchos escultores de origen extranjero nacionalizados allí.

Así, Lachaise nació en Francia, Gross en Australia, y Zorach, al igual que Archipenko, en Rusia. Por el contrario, otros escultores nacidos en los Estados Unidos hicieron carrera en el extranjero, como el neoyorquino Epstein, que se convirtió en el londinense Sir Jacob Epstein.

Por último, aparte de los escultores de otros países que prefirieron, por su propia voluntad, fijar su residencia en los Estados Unidos, cada una de las dos guerras mundiales aportó su correspondiente contingente de emigrados a esa nación.

El polaco Nadelman, notable representante de la escuela objetiva norteamericana, desembarcó en los Estados Unidos en 1914; el pintor surrealista alemán Ernst, cuyas obras escultóricas son importantes, en 1940, y el cubista Lipchitz, francés de origen lituano, en 1941.

Aunque todos estos artistas viajeros no han renunciado a su ciudadanía primitiva, se han norteamericanizado y han influído en mayor o menor grado en la evolución de la escultura del país. No es posible pasar por alto su intervención.

La tendencia más reciente en la escultura norteamericana es la abstracta. Pero esa escuela, por ser la más moderna, no debe considerarse como la única. Todas las escuelas tienen todavía representantes entre los jóvenes escultores norteamericanos de hoy día.

Ese eclecticismo es una señal de salud. La escultura norteamericana sigue desarrollándose bajo nuestros ojos y no embaraza con exclusivismos su marcha hacia adelante.

La fisonomía de Moisés quedó captada con rasgos bien definidos por William Zorach.

El indio norteamericano tiene en Illinois este monumento visible desde varios kilómetros.

Este es el último número de *Noticias de Actualidad* hasta el día 17 de septiembre